

REVISTA CARNAVALESCA.

El galante autor de la *Revista Carnavalesca de la Habana*, que acaba de ser estrenada en el teatro de Cervantes, ha obsequiado con un ejemplar de esa obrita á la redacción de EL MORO MUZA, por cuya distinción le doy las más expresivas gracias, á nombre de todo el musical gremio.

Hame tocado la honra de examinarla, y aunque no pretendo hacer de ella un minucioso y estudiado juicio crítico, tampoco quiero mirarla con el irritante desden que se concreta á acusar simplemente recibo del impreso, con una expresión de gratitud, porque eso implicaría injustificado desprecio, en cambio de una delicada atención.

El título de la referida producción de *Nomar*, que bajo tal pseudónimo se oculta el autor del juguete cómico-lírico que me ocupa, disculpa su falta de trama y otros defectos de que adolece, con mengua de las prescripciones del arte; pues sólo se ha tratado de poner en línea de revista, para que vayan pasando como las figuras de una linterna mágica, á unos cuantos personajes, representando á individuos y cosas, en grotesca amalgama, con el fin exclusivo de promover á toda costa la hilaridad del público. Esto, dicho sea en honor de la verdad, ha sido hecho con poca gracia, porque no parece sino que el chiste ha huido hasta de la sombra del libreto; y, por otra parte, se nota en éste una parcialidad que repugna, queriendo ridiculizar lo que en justicia merece el primer puesto, para enaltecer lo que no debe encumbrarse tanto, aunque goce de las más profundas simpatías del autor, pues tales simpatías no justifican el elogio, con detrimento del mérito de un tercero.

Fácil es probarlo. Basté citar la presentación del coliseo de Lersundi como *el embajador más bizarro* que llega á la corte carnavalesca, glorificando á su propietario D. José Albisu cual benemérito hijo del trabajo, mientras que el teatro de Tacon aparece ridículamente representado por medio de un tarjetón, siendo objeto de inmerecidas sátiras.

Muy lejos se halla de mi ánimo la idea de negar las bellas cualidades que adornan al señor Albisu y soy de los primeros en reconocer, apreciándolas debidamente, pues en la conciencia de todos está que ese honrado vizcaíno, laborioso, activo y emprendedor, ha logrado, á fuerza de sudores, labrarse una regular fortuna; pero así como su nombre va unido al lustre del coliseo de Lersundi, otro nombre muy respetable va unido al lustre del gran teatro de Tacon: el de don Francisco Marty y Torrens, hijo también del trabajo, probo, intachable, excelente ciudadano, dídovoso con el pobre, y cuyas arcas estuvieron siempre abiertas para las necesidades de su patria. ¡Honor á la memoria de aquel buen catalán!

Ahora, respecto á la versificación de la *Revista Carnavalesca*, puedo asegurar que en parte es correcta, y en parte mala, siendo de observar, en apoyo de esta última afirmación, los tres versos libres, en medio de un romance en *ia*, que se notan en la página 13, cuando *Polichinela* da cuenta de la Plaza de Toros.

En la música, escrita por el conocido é inteligente maestro D. Tomás González, hay trozos muy bonitos, dignos de celebración.

Para terminar diré que, á pesar de lo expuesto antes, la *Revista Carnavalesca* ha dado al teatro de Cervantes algunas buenas entradas y que ha sido bien desempeñada y muy aplaudida.

ALMANZOR.

LOS CESANTES.

I.

Yo he tenido tres amigos, que es todo lo que se puede tener en estos tiempos.

Estos amigos eran: Juan, Pedro y Diego.

II.

Historia de Juan:

Creo que si en el mundo ha habido un buen muchacho, nadie como Juan podía llevar este título.

Cuando era niño, iba en las procesiones, llevando un cirio y parecía un *San Juanito*.

Creció, estudió teología, la dejó, se enamoró y se casó.

¡Qué mujer! Era rubia y de ojos negros, como las madonas ideales de Albion.

Y por contera se llamaba Matilde.

Matilde se distinguía por su elegancia y por la sencillez de su peinado. Juan no era elegante, pero se distinguía por la complicación de su peinado.

¡Qué cabellera tan superabundante!

Gastaba *melena* y se peinaba á la romana; de modo que entre las guedejas y aquellos ojos saltones, nacidos para la contemplación pan-teística, Juan parecía un carnero por temperamento y un brahman por carácter.

Sin dificultad, á Juan podía habérselo hecho mono, y apurando el pelo, castaña.

Juan amaba á Matilde. Matilde le quería y respetaba en él un apellido.

Resumiendo: Juan tenía dos grandes cualidades; pertenecía á la dinastía de los *Lanas* y además había nacido de pié.

Los unionistas, los radicales, ó no sé quiénes, le dieron un destino en *Propiedades*, donde se distinguió Juan por una propiedad: decían sus compañeros que Juan era un bendito.

¡Ay del hombre, á quien dan en decirle que es un pedazo de pan! ¡Qué cerca están de llamarle pedazo de atun!

Es como algunas mujeres, de quienes se dice que son muy amables. Ya se sabe; cuando á una muchacha se la llama simpática, no hay que preguntar, es más fea que Picio.

Un día, ó mejor dicho, una tarde, entró en su despacho un caballero. No sé con qué excusa, no sé con qué propósito, pero el hecho es que entró. Hablaron y se hicieron amigos.

Advertencia: Juan y los de su cofradía son capaces de hacer amistad con el elefante del Retiro.

Pasaron cuatro días y volvió el caballero de aquella tarde. Hablaron, fumaron, salieron juntos y al llegar á casa de Juan, éste le invitó á descansar.

El caballero fué presentado á Matilde.

El día siguiente entra Juan en la oficina y se encuentra un ascenso.

Juan va á su casa loco de contento; entra en el gabinete de su mujer. Matilde lloraba.

—¿Qué pasa?

—Ha estado aquí.....

—¿Quién?

—El caballero.

—¿Y qué?

—Y nada!

—¡Ah!

—Le he desairado y he cumplido con mi deber.

Etcétera.

Juan tenía treinta mil reales y no había cumplido treinta y dos años.

¡Qué hermosa era Matilde y qué afortunado Juan!

Si Matilde hubiera dejado de ser lo que era, ¡qué sueldos se hubiera calzado Juan!

Al día siguiente del ascenso, entra Juan en la oficina, mejor dicho, entra el reo á leer su sentencia.

El caballero no estaba.

Pero encima de la mesa había un papel simbólico, que los del *oficio* conocemos al kilómetro, que es el sudario de los empleados.

Quedó cesante sin arreglo.

¡Cómo hubiera cambiado la cosa de aspecto, si Matilde hubiera sido de otro modo!

Han pasado diez años.

Parece que fué ayer.

Id al Rastro.

Juan vende *cabos* de tabaco.

Matilde, zapatos viejos.

Y así morirán.

III.

Lo de Pedro también raya en historia.

Cuando me pintan uno de esos muchísimos hombres pacíficos, medio tontos y rodeados de placeres, digo instintivamente:

Igual era Pedro.

Pedro no tenía más que una falta que le cogía la proa, la popa y el palo mayor.

Carecía de sentido común.

En cambio tenía una sobra.

Tenía un tío ministro; otro tío diputado; un tío más senador; su abuelo era togado; y Pedro, ó Perico, como yo le llamaba, vivía con su abuelo, al cual se le caía la baba de ver todo lo bruto que puede ser un nieto.

Cumplió catoree años y tenía un destino de cinco mil reales.

A los veinte años, tenía diez y seis mil reales.

A Perico le metieron en canción y publicó un periódico que redactaban otros.

Y Perico llegó á Director.

Cayó la situación y cayeron los suyos y cayó su abuelo.

Todos pasaron á mejor vida; todos quedaron cesantes.

Perico no se ha vuelto á levantar.

Hace poco tiempo, un día de perros, encontré en la calle á un antiguo amigo de Perico y mío, que iba detrás del carro fúnebre del hospital.

—¿A dónde tan de prisa?

—A acompañar á Perico.

¡Dios le haya acogido!

IV.

Vamos á Diego.

Era artista.

Hacía versos, flores artificiales, pintaba, tocaba el harmonium, el fagot, el violín, y todo lo tocable.

Era un verdadero dijecito de las damas; *vi-varachito, monuelo, &c.* (véase Moratin).

Diego que en sus primeros años no parecía un *don idem*, estaba llamado á ser *Don Precioso* en las primeras reuniones y si se hubiera aplicado, la música le ofrecía un porvenir.

¡Qué bien tocaba!

¡Pero qué mal leía!

Doña Petra Sanz y Ruiz era una marquesa viuda, fea, vieja y *verda*. Abría sus salones y á su lado bailaba un desenmascarado *rigodon de oreja*, un paquete de unos 25 años.

Era Diego, Diego de frac y hecho un Adonis.

La anciana le colocó.

(Estos destinos son los más duraderos, porque son los que tienen la mejor *aldaba*).

Diego sentó plaza con veinte mil reales; pero no sabía tocar en aquel violín y tocaba el violon.

La marquesa murió; tenía un hijo que fué heredero universal.

Morir la marquesa y morir la *talega* de Diego fué un chispazo eléctrico.

Diego renegó; tornó sus ojos al violín; su alma de artista palpó por la última vez. La oportunidad de las empresas, hace que fácilmente se llegue tarde á ellas.

Diego se quedó con algo entre las uñas, *cuyo algo* me figuro se le acabaría.

Anteayer subí á la *vaquita*. Pisé el dintel de la ruleta y no había nadie. Un hombre demacrado y harapiento barría la sala de sesiones.

Era Diego.

¡Pobre artista!

EPILOGO.

De donde se deduce—ó hago intención de que se deduzca—que veo dos grandes males en

el novísimo sistema filosófico el *pan-funcionarismo*. El primer cáncer en los *empleaditos* y pretendientes, en el carácter eminentemente *mandrío* que nos distingue.

Juan hubiera sido un excelente sacristán ó un honrado sochantre de un pueblo de 200 vecinos. Perico hubiera abierto una peluquería en la que podía haberse hecho célebre *descañando*, con arreglo á la última palabra de las ciencias de la barba. Diego, en fin, compitiera con el mismísimo Paganini ó Monasterio, si un demon funesto no se le aparece en forma de vieja y petrifica su artístico corazón.

Si los gobiernos se vieran cooperados por un carácter recto y por un instinto laborioso, de *fiño* intentarían una ley de empleados y la creación de una carrera facultativa, la carrera de funcionario público.

¿Qué hay de eso?

MOHAMED.

NO HAY PERO QUE VALGA..... COMO UN BASTON.

Mi vecinita es una trigueña, de quince primaveras, muy guapa, que me trastorna el juicio y me abrasa con sus miradas, en las cuales, por su fosforescencia, podría encenderse un cigarrillo.

Varios pisaverdes, á cual más galante, la enamoraban con versos, flores y requiebros; pero mi vecina se les mostraba desdeñosa. El mal éxito de los aludidos me envalentonó, en cierta noche, y, con audacia y algunas matemáticas, le declaré mi pasión, sin ambajes ni rodeos, en esta forma:

—Señorita: beso á V. los pies.
—¿Qué se le ofrece, caballero?
—En estos momentos, me ofrece V. un palmito muy hechicero, que me vuelve loco; y yo le ofrezco mi amor.

—¿Caballero!
—Y le ofrezco á V. mucho más.
—¿Qué dice V?
—Le prometo, si soy correspondido, casarme con V.

—No comprendo.....
—¿No? Pues óigame. Estoy rendidamente enamorado de V., por dos razones: porque en toda la Habana no hay otro rostro como el de V., y porque ese rostro me gusta sobre manera.

—Pero.....
—Sí, señorita, la amo á V. con frenesí, y, aunque nunca se lo he dicho, créame..... Suponga V. que yo la haya galanteado quince días, y que hoy, ahora mismo, me contesta V. categóricamente. ¿Me dan esos labios el sí.....?

—Sí.....
—¿Me amas! ¿Me amas!.....
—Caballero, el sí que acabo de pronunciar es condicional, y no le autoriza.....
—Es que yo acepto todas las condiciones.

—¿Sí?
—¿Ha dicho V. que sí?..... Pues me parece que éste no es un sí condicional, sino afirmativo.

—Tampoco, que es interrogativo.
—Sea: interrogativo, en cuyo caso, como á mí se dirigía, contesto inmediatamente, diciéndole que sí, que la adoro más que al oro. ¿Lo oye V?

—¡Vaya un afán que tiene V. de torcer mis palabras!..... V. me decía que aceptaba de mí cualesquiera condiciones que le impusiese; pues bien, le impongo, por primera condición, la de que se marche, en este instante, de mi presencia.

—¿Imposible!
—¿Cómo imposible!

—Y mucho. ¿Piensa V. que no son crueles mis sufrimientos y que no la idolatro con toda

el alma? ¡Ah! señorita: tengo aquí, en el corazón, un Mongibelo en ignición!

—Pero, caballero.....

—Pero, señorita.....

—Por Dios! no le entiendo.

—Pues yo sí que la entiendo á V. Y si no, dígame francamente ¿es cierto que V. no me mira con malos ojos?

—Pero.....

—No hay pero que valga. La amo con delirio, y quiero saber si soy correspondido. Si esos labios encantadores se obstinan en poner objeciones á mis protestas amorosas, tomaré el partido de levantar.....

—¿Dios mío! ¿Qué va á levantarse V?

—Por más doloroso que sea á un joven, como yo, me veré precisado á levantar.....

—Pero V. no lo hará. ¿Es cierto?

—Sí: lo haré: levantaré la voz, hasta la gritería.

—Respiro! Gracias, Dios mío!

—Entonces ¿qué resuelve V?

—Mañana le contestaré definitivamente.

—Eso no puede ser, porque estoy decidido y muy decidido á obtener, esta noche, su amor ó su enemistad.

—En ese caso.....

—¿Qué?

—Yo no puedo.....

—¿Quereme?

—No digo precisamente eso, pero..... ya ve V.....

—Nada veo, señorita, sino su indecisión que me martiriza: respóndame, de un modo terminante; se lo suplico de rodillas.

—Bien, mas ántes es necesario que V. me explique su extraño proceder, porque no entiendo ni una palabra.

—Nada de extraña tiene mi conducta. Le he dicho que la amo y ansío saber si estoy correspondido. Es eso todo.

—Corriente, pero ¿cómo es posible que yo le responda categóricamente, si es ésta la primera y única vez que V. me ha declarado su amor? ¿No comprende V. que una joven no puede ni debe resolver un problema tan complicado, como el amor, en el mismo instante y á la par de su planteamiento?

—Señorita: el verdadero amor se plantea y se resuelve, con la mayor prontitud: dos miradas bastan para amarse ó aborrecerse.

—Sí, pero, por lo que alcanzo, V. juzga de las cosas con demasiada precipitación, lo cual no conviene nunca en el amor, que es un problema trascendental, en la aritmética de la vida.

—Y vea V., por ser el amor un problema trascendental, yo le resuelvo, ó quiero que V. le resuelva con la mayor exactitud y sencillez, simplificando, con el álgebra del corazón, las rutinarias operaciones de la aritmética de la vida.

—En resumen, caballero, yo no puedo prescindir de esas operaciones, pues si es verdad que el álgebra del corazón simplifica la aritmética de la vida, también lo es que.....

—Por Dios!..... ¿Cómo se llama V?

—Inocencia, para.....

—Desde luego, para todo el mundo.

—Iba á decir para servir á V.

—¡Cielos! ¿Para servirme!..... Pues óigame, Inocencia idolatrada. Volviendo á las matemáticas, cuando no existen resoluciones generales y simples, bueno y conveniente es emplear resoluciones particulares; pero habiendo fórmulas sencillas, invariables y exactísimas ¿á quién se le ocurre perder el tiempo en minuciosas y largas operaciones?

—Sin embargo.....

—De otra parte: nuestra conversacion ¿no va siendo una serie de aritméticas operaciones, en la cual yo he sumado y multiplicado mis protestas de amor; y V. restado de mí total el sustraendo de sus escrúpulos; y dividido mi producto entre el divisor de sus conjucciones adversativas? ¿Por qué, encontrándonos tan

adelantados, no hemos de entrar francamente en el progreso..... del amor, simplificando, con una fórmula algebraica del corazón, la aritmética de..... nuestra conversacion.

—Al fin! Dios mío! Es tan elocuente la lógica de las matemáticas!

—Y bien?

—Ah! caballero. Me declaro vencida y convencida. Sí, le amo á V.

Y el papá de la niña, que oyó las últimas expresiones, descargó matemáticamente tres veces el baston sobre un infortunado chino, que pasaba á la sazón, por la casa de Inocencia, y que, sin comerlo ni beberlo, me substituyó de víctima.

El chino exhaló un doloroso quejido; mi vecina palideció horriblemente, pero no pudo desmayarse; su papá me devoraba con los ojos, aunque ciego de cólera, y yo..... ¿no saben ustedes lo que hice?..... Despedirme con mucha cortesía de Inocencia y su padre, lanzando sobre el chino una mirada de compasion y gratitud.

De más está agregar que aquella escena me curó de mi erótica enfermedad, que Inocencia no ha vuelto á prestar oídos á ningún barbilindo, que su vigilante papá no suelta su baston, y que yo suelto la pluma, despues de poner la firma de

ABDERRAHMAN.

DESPUES DEL BAILE.

Máscara del dominó
que anoche en el baile ví:
al punto te conocí.
En vano dices que nó,
yo te repito que sí.

Eres.....Nó! Me equivoqué!
Te llamas Clara; lo sé;
pues serlo, no lo eres, Clara.
¿Para qué verte la cara
si me basta verte el pié?

En balde te has ocultado
tras el antifaz morado,
y has querido hacer el bú:
te conozco demasiado
para dudar si eres tú.

¿Por qué has de negar así
lo poco que descubrí
de tus prendas personales,
si sabes ya que de tí
tengo pelos y señales?

Dijiste que solo trato
cierta clase de mujeres
y me llamaste *traviato*,
¡así probaste quien eres!
¡así hiciste tu retrato!

Darme un disgusto quisiste,
pero no lo conseguiste
con tus sermones de fraile,
que al entrar estaba triste
y salí alegre del baile.

Ya ví que luego danzabas
con un pollo á quien mirabas
de un modo muy especial.
¿Y qué en carácter estabas
en la galop infernal!

Aprovecha la ocasion,
procura estar divertida,
no pierdas una funcion,
que en el baile de la vida
has llegado al cotillon!

BOARDIL EL CHICO.



Chasco de un pollo que se deja arrastrar por un talle provocativo.



—¿Y V. de qué piensa disfrazarse este año, señora?
 —Yo de protectora de la civilización egipcia ¿y V.?
 —Como siempre; de amigo íntimo de la Puerta Otomana.



—Por fin la vemos á V. brillar, Pamecita!
 —Sí, voy á ver si vengo á establecerme entre Vds. Eso gustará á todos ¿no es verdad?
 —Oh, sí, á todos; ménos á los especuladores de oro.



Lit. é Imp. del Comercio, Obispo 87

—¿Ha visto V., señor Moro, como sube el oro con las buenas noticias?
 —Sí lo he visto.
 —¿Y V. no cree que eso tenga remedio?
 —Sí que lo tiene. No hay mas que aplicar un refrán que dice: —“A burro lerdo arriero loco.”

COSTUMBRES CUBANAS.

A LA HORA DE DORMIR.

¿Quieren ustedes que les describa varias escenas de las que ocurren en algunas de nuestras casas á la hora de dormir?

Dadas las diez y media, y cuando más las once, las visitas se retiran; el novio de *Pepillitica*, despues de haber estado junto á ella cuatro horas, sale por fin de la casa y se detiene ante la ventana, á despedirse por segunda vez de la jóven y á darle diez ó doce apretones de mano, ántes de marcharse ¿quién sabe á donde? como á sí propia se dice *Pepillitica*, viéndolo partir calle abajo, con cuyo motivo se entrega la enamorada y recelosa doncella á mil cavilaciones que la ponen de un humor negro.

—¿Y qué dice el hombre? pregunta á la jóven, su madre; ¿no habla todavía de casorio?

Pepillitica no contesta, limitándose á balancear la pierna, con la cara muy *amarrada*.

—Pues mira, hija, que para *planton* ya basta..... ¡Tengo unas ganas de que se acabe el altarito! añade *Encarnacioncita*.

El mismo silencio por parte de la muchacha.

—Ah! ¿no contestas? ¿Es acaso alguna negra la que te está hablando? Descúdate, y verás si le doy una llamada á capítulo á ese *tío Merule*, y le pregunto ¿cómo estamos? ¡Hemos de continuar así toda la vida, sin que el diablo del hombre se dé por entendido, y yo, á todas éstas, aguantando aquí el cuje desde hace más de tres años? ¡Valiente *plepa* la que se nos ha descolgado con semejante novio.....!

—¿Qué desgraciada soy! exclama por fin *Pepillitica*, prorumpiendo en llanto y poniéndose en pié para retirarse á su cuarto; ¿quieren quitarme mi suerte y que se desbarate mi matrimonio, sólo porque hace apénas tres años que llevo amores con *Migajón*, mientras que otras se están diez y doce años y nadie les dice nada, porque es peor, puesto que pueden dejarla á una plantada y ser luego la *inrision* de la sociedad entera!

—Yo lo que te digo es, repone *Encarnacioncita*, que estoy de tu *Migajón*, ó de tu *Pegajón*, que así debería llamarse, hasta la punta de los cabellos. ¡Baramba con el tal mocito y lo que tarda en redondearse, cuando ya tenía tiempo de estar como un queso de bola si quisiera!

—El está *juntando* para casarse, contesta *Pepillitica*, enjugándose los ojos; él dice que es menester que pase todavía otro año para tener lo suficiente.....

—¡Otro año, santa Tecla! exclama la madre muy enfadada; ¡pues no es nada lo del ojo y lo llevaba saltado! me voy á divertir como hay Dios. Y tú ¿qué le has dicho á eso?

—¿Qué le voy á decir? que yo no tengo prisa, que yo estoy muy conforme con verlo todas las noches, que no se apure.....

—Eso es, y mientras tanto yo..... ¿Pues sabes lo que te digo? que eso no puede seguir así: ó se casan ustedes ántes de tres meses, ó lo pongo yo á él de patitas en la calle. Que vaya á otra parte á buscar quien lo emburuge.

—Bueno, y yo me moriré, y tú tendrás la culpa..... Desde mañana voy á empezar á tomar vinagre y á no probar bocado para ver si me *etico*.....

Y dicho esto, *Pepillitica* se alejó, nuevamente anegada en llanto.

—Yo te daré á tí vinagre en los cachetes, mal criada, poniéndotelos inflamados á fuerza de *galletazos*; repuso *Encarnacioncita*, amenazando con el gesto á su hija, quién llena de enojo se encerró en su cuarto.

Terminada así la *polémica* por causa del noviazgo de la muchacha, llega la segunda parte, que se reduce á despertar al mulatito Eleuterio para que saque la basura á la calle, y proceda en seguida á cerrar la casa.

—Ánda, Antoñica, al comedor, y despierta

á ese *bombon*, que está ahí roncando como un animal desde hace diez horas; dice *Encarnacioncita* á su hija menor, que lee en aquel momento *El Moro Muza*.

La jóven obedece á su madre, deja sobre el asiento el periódico y se dirige al punto en que se halla durmiendo el muchacho, echado en el suelo.

—¡Eleuterio, Eleuterio! repite Antoñica, tocando con el pié al mulato, que ronca estrepitosamente.

—Sacúdelo fuerte; si no, no se despierta ni en un año; advierte desde la sala *Encarnacioncita*.

—Eleuterio, levántate que son las once, y tienes que sacar la basura; repone Antoñica, cumpliendo lo que su madre le ordena.

El mulatito al fin se pone en pié con los ojos cerrados y empieza á dar vueltas por el comedor.

Antoñica se vuelve á su asiento y engólfase de nuevo en la lectura.

—¿Qué estás haciendo, muchacho? grita *Encarnacioncita* al observar que Eleuterio, lejos de ir al patio por el barril de la basura, trata de bajar el ala de la mesa sobre la cual se hallan las tazas en que la familia ha tomado el café aquella noche.

Eleuterio al oír los gritos de su ama, medio se despierta y girando sobre sus talones, échale mano al cubo que está junto al pozo y se dirige con él á la sala.

—¡Mirenme este bruto cómo todavía está soñando! exclama *Encarnacioncita*, que no pierde uno de los movimientos de Eleuterio.

El mulato retrocede entónces y suelta el cubo en el patio, encaminándose hácia la cocina, de donde sale á poco rato con un fogon de mano, creyendo sin duda que es el barril susodicho.

—La basura, la basura! grita con sumo enojo *Encarnacioncita*, que se lanza sobre el mulato y le dá un pescozon.

Eleuterio á este efecto ejecuta una nueva conversion; despues se agacha y hace como si recogiera algo del suelo.

Exasperada al fin su ama, aplica un puntapié al mulatito y lo echa á rodar, disponiéndose en seguida á levantarlo con una gruesa correa que tiene ella para estos casos.

El instinto, sin embargo, de este peligro, logra por último despertar lo suficiente á Eleuterio para que pueda, sin más tropiezos, sacar la basura.

Una escena semejante se reproduce cada noche en casa de *Encarnacioncita*. Así es que ella tiene siempre tela por donde cortar cuando se pone á referir todas las barbaridades que hace el mulatito, á las horas en que, como ella dice, se encuentra éste *medio sonámbulo*.

Algunos *solos* me ha dado á mí, hablándome del asunto.

—Una vez tenía yo aquí una visita de cumplimiento, me decía no hace mucho la buena *Encarnacioncita*; estaba lloviendo á cántaros, eran ya las once y media y no pasaba ningún coche vacío. En tal aprieto, pues, insté á la señora y á su hija para que se quedaran á dormir con nosotras, y aunque no teníamos gran confianza, la dificultad de marcharse á su casa, que está allá por Carlos III, era tan manifiesta, que nada, no hubo remedio; tuvieron que consentir en pasar aquí la noche.

—¿Y qué tuvo que hacer en ello el mulatito Eleuterio? pregunté yo, despertada ya mi curiosidad con este preámbulo.

—Ahora lo verá usted, me contestó *Encarnacioncita* muy satisfecha, al notar el interés que me inspiraba su relato.

—Ya supongo, poco más ó menos, lo que sería, repuse yo, queriendo adelantar el discurso; algún tropiezo que daría medio dormido con la mamá, Eleuterio; ó bien que en vez de traer á la hija un vaso de agua, se le presentó con la

lata del carbon, por ejemplo, ó con una *sopladera*.

—Nada de eso, señor forjador de cuentos; me replicó *Encarnacioncita*.

—Pues diga usted, muy señora mía, y déjese de circunloquios; repuse, aparentando suma impaciencia.

—Lo que sucedió fué, continuó *Encarnacioncita*, que despertado Eleuterio para que preparase las camas de mis dos huéspedes, hizo, como de costumbre, una de sus *trastadas*.

—Bueno, adelante.

—Empezó por poner encima de la cama de la jóven, á guisa de colcha para que se *tapara*, la alfombra que estaba allí á los piés.

—¿Y qué quiere usted, si hacia frio esa noche? observé yo; nada abriga tanto como una alfombra, pensaría el mulato, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, ¡allá te vá! se la puso de cobertor en el lecho.

—Sea como quiera, la muchacha estimó aquello como una burla y se dió por sentida; á duras penas la convencieron mis hijas de que aquello era una bestialidad de Eleuterio.

—¿Y eso fué todo? pregunté á *Encarnacioncita*.

—¡Ojalá no hubiera sido más que eso! me contestó ella; á media noche me desperté muy sobresaltada con unos gritos espantosos que resonaban en la habitación en que dormían la madre y la hija.

—¿Alguna pesadilla, eh? insinué yo.

—¿Qué pesadilla ni qué ocho cuartos! Era que había fuego en la cama de la *vieja*.

—Dejaría ella la vela encendida y se prendieron las sábanas, dije yo con la más íntima convicción.

—¡Cál! no señor; Eleuterio, al hacer la cama de la pobre señora, hubo sin duda de andar por allí con la caja de fósforos, y en vez de colocarla en la mesa de noche, la dejó caer entre la colcha y las sábanas, y por lo tanto, el propio peso de Agustinita, que así se llama la *consabida*, estrujando la caja de cerillas, la inflamó, produciéndole á la infeliz una gran quemadura en la espalda que la fastidió de lo lindo.

—Pues es una calamidad el tal Eleuterio; díjele á *Encarnacioncita*.

—Calcule usted lo que yo experimentaría con semejante ocurrencia, me contestó ella; desde luego he perdido la amistad de esa gente, que ha salido de mi casa hablando horrores y poniéndome por los suelos.

—En conclusion, amiga mía, añadí á mi interlocutora; debe usted relevar á Eleuterio de toda clase de servicio á la hora de dormir, pues me convenzo de que dominado éste por tan estúpido sueño, será capaz, la noche menos pensada, de pegar fuego á la casa y de *achicharrarlas* á ustedes si no andan listas.

Y este diciendo, tomé mi sombrero, y fuíme de casa de *Encarnacioncita*, ántes de que despertaran al mulatito Eleuterio, y empezase éste á hacer de las suyas, puesto que había llegado ya el momento crítico, ó sea la hora de dormir.

ABEN-OMAR.

PUNTO FINAL.

(AL AMIGO ABDERRAHMAN.)

No diré á Vd., señor Abderrahman, que con el más vivo interés me he echado al colete su sabrosa epístola, pero sí con el deseo de saber lo que en ella me decía,—pues su tardanza aumentaba mis dudas y recelos, y me encontraba ya como perro con pulgas, no imaginando, en medio de mi natural rusticidad, una tan razonada respuesta que dar al cristiano de marras. Pero Zamora no se tomó en una hora, y nunca es tarde si la dicha es buena,—que así me lo enseñaron en mi mocedad y yo soy amigo de refranes y consejos, porque veo, con claridad su-

ma, en los primeros, la filosofía popular en su más inmediata manifestación, y hasta me atrevería á decir á Vd. que también notaba en ellos un no sé qué de positivismo, si la palabreja no me pareciese cursi, y no temiera que alguno me tomase por revistero ó cosa peor.

No irá mi carta tan bien hilada ni tan derechamente al asunto de que tratamos, como la de Vd.; pero esto no es culpa mía, porque yo—y no lo crea Vd. achaque de modestia,—carezco de ingenio y gracia, y á menudo me acontece que, cuando quiero hacer reír, á vuelta de mil chistes y retruécanos, á cual más rebuscados, solo consigo derrame algunas lágrimas, moza sentimental y mal hallada con la prosa de la vida; los cuales lagrimones, atendiendo á quien los derrama, más que de mujer, se me antojan lágrimas de cocodrilo;—ó bien que ría á mandíbula batiente, cuando,

en el tono más alto del lirismo,

me propongo excitar las fibras de su corazón, conmover su ánimo, y anublar sus ojos con el llanto. Por esta razón, ruego á Vd., señor Abderrahman, no juzgue mala voluntad lo que es obra de buen deseo, ni lleve á mal que sienta comezon de contarle algunas cosas al oído, á fin de que nadie las oiga.—pues le prometo no volver á las andadas, olvidando lo pasado,—no por miedo, que nunca fui medroso, y si es Vd. fuerte y bizarro paladín, están de mi parte la razón y la verdad, y, con tales armas, por muy poco que valga mi brazo, habría de alcanzar victoria;—sino porque los lectores de EL MORO MUZA, faltos de paciencia y no sobrados de bondad, renegarán de Krause, al ver que le ha salido defensor tan pobre de inteligencia y de tan pecaminoso estilo.

Pero vamos á cuentas.

Comienza Vd. su carta dando rienda suelta á sus bellicos arranques é instintos guerreros, y al recuerdo de su homónimo Abderrahman I, arremete con furia al cristiano, haciéndome de paso una caricia que, involuntariamente, me trajo á la memoria, las que, en remota fecha, nunca olvidada, me hacía mi suegra; que,—aquí para *inter nos*, y sin ánimo de ofender á las madres que tienen hijas, como diría MOHAMED,—era, en su género, de lo más recomendable y gracioso que puede darse y hasta un si es ó no bonachona,—aunque á decir verdad, de vez en cuando descubría ciertas felinas manifestaciones, que me volvían á la realidad gatuna, mostrándome, con toda su desnudez,—no, la cara que pondrá Vd. al recibir la sombría visita de sus acreedores,—sino el rostro *mefistofélico* y repulsivo de la mujer, que, por mis yerros y pecados y para su penitencia y expurgación, me llamaba yerno!.....

Deber mio es confesar á Vd., señor Abderrahman, que en achaques de filosofía—ya que tanto me recomienda y pide, con apremiante necesidad, dé algunas públicas lecciones,—no es el maestro quien forma los verdaderos amantes de la sabiduría, sino el propio discurso y trabajo individual, *intransferible*, digámoslo así, de quien solícito y afanoso indaga y busca la verdad, en el exámen minucioso y lento de las obras del ingenio humano, valiéndose al mismo tiempo, de la propia observación, y formándose cabal idea de su contenido,—porque todo lo que no sea hijo de nuestra razón y no esté fundado en la sólida base de la experiencia, es puro fantasear del espíritu ó aparatoso juego de palabras.

Por otra parte; ninguno, incluso Vd., ménos á propósito que yo para la enseñanza, porque, nada sé, y mal puede enseñar algo, aquel que todo lo ignora.—En esta razón fundado, no fué mi intento entablar con Vd. acalorada disputa sobre esta ú otra escuela filosófica, ni ménos defender de toda culpa y pecado al desventurado Krause, que falible, como las filosofías de Vd., figúrome que tuvo sus flaquezas y no de-

jó de cometer errores, pues simple mortal era, y *errare humanum est*.

Lo que me proponía en mi anterior epístola, y si no lo conseguí culpa fué de mi rustiquez, no de mi deseo, era demostrar á Vd. que el no entender un sistema filosófico, quizá por mala preparación de espíritu ú otra causa, no podía darnos, en manera alguna, motivo ni razón para renegar de su estudio, ni para lanzar homérica careajada, porque el autor, no hallando mejor salida, introdujera en nuestra lengua, palabras que lo son de otra, como *panentheismo*, *schema*, etc.—Decíale, por eso, que, en su bizarro artículo, notaba gran falta de lógica—con g.—añadiendo, á renglón seguido, que no de otra suerte me explicaba, que un hombre de su talla, se atreviera á decir tales lindezas de cosa que, según propia confesión, no había entendido. Medite, pues, y estudie, que al fin y á la postre, ya verá como tropieza con el fundamento de mi acusación,—por lo cual, y en vista del sambenito que trata de ponerme, pagándole en igual moneda, me permitiré decirle, que, andando el tiempo, si todo cambia, y las cosas se vuelven al revés, será Vd. considerado, en las futuras edades, por el hombre de lógica más precisa y contundente, ya que hoy los ignorantes como yo, juzgan su lógica sobradamente *pentacrística*, que es punto más que *contrahecha*.

Y ahora voy á responder á otro cargo que Vd. me hace.

Una de las causas que motivaron su enfado y disgusto, haciéndole tronar contra la filosofía *Sibila* de la soñadora Alemania, era su lenguaje amanerado y confuso, con sus ribetes de enigmático y misterioso; y citaba, si mal no recuerdo, dos ó tres voces griegas puestas á la moda, por su desdenosa dama.—¿Qué hice yo entonces?.....Ay! desgraciado de mí, ¿quién me lo hubiera dicho!.....—¿Tan mal le pareció, señor Abderrahman, la carta del P. Isla?... Imaginaba yo que puesta en aquel lugar, como su autor (1) se burlaba de los escolásticos, y daba tremenda prueba de su lenguaje artificioso y oscuro, me habría de venir á pedir de boca, y como pedrada en ojo de boticario, para hacerle ver que no solo los Krausistas pecaban en materia de estilo; sino que también, los escolásticos y, en punto general, todos los filósofos, pagaban escote y fiel tributo á la mala costumbre, que yo, para mi desgracia, comúnmente sigo, de escribir atropelladamente, dando al olvido las más sencillas reglas de la gramática.

Muy lejos estaba de creer que V. tomara por lo serio la referida carta gerundiana, y mas distante aún de pensar que el P. Isla perteneciese al ejército escolástico; y, á serle franco, confesaré á V. que jamás había caído en la cuenta, de que fuese escolástico, quien tan gallardamente se burla de ellos; pero..... ¡ahí verá V.!..... bien dicen los que dicen que todos los días se ha de aprender algo nuevo.

Y no paran aquí sus enseñanzas, señor Abderrahman, que al nombrarme la filosofía agustina, entre los libros más conocidos de los rancios escolásticos, subió de punto mi asombro y quedé estupefacto, como quien vé visiones ó sueña despierto,—pues sabiendo que brilló San Agustín en el siglo quinto y fué toda su vida furibundo platónico, no me daba maña ni atinaba á comprender como V. le llamaba escolástico; ó de otra manera, como, hasta la provechosa y sabia revelación por V. hecha, yo, que formo parte del vulgo, había leído y escuchado precisamente todo lo contrario.

Por la memoria del santo varón y para acallar escrúpulos de conciencia, voy á contestar, si bien ligeramente, porque esta carta se vá haciendo interminable, á cierto párrafo asaz rimbombante que dedica V. á la razón.—¿Salimos

ahora con esas?..... ¿con que V. dice que la razón es infalible y omnipotente en la tierra?... Pues, hombre, mire V., francamente hablando, no hacía yo á esa señora, infalible y omnipotente ni en la tierra, ni en ningún otro elemento. Si la concedía alto y merecido empleo en materia filosófica, pues como dijo otro santo la filosofía “es el conocimiento de las cosas todas, por sus causas, en cuanto el hombre puede conseguirlo por medio de la luz natural”, y claro está que esta luz es la de la razón humana, que mal dirigida y peor gobernada puede conducirnos al error, de igual manera que un desmedido celo religioso y un misticismo ridículo y extravagante, llevan al piadoso mortal que en ellos fia, al más lamentable de los errores, á la intolerancia de que algunos alardean, quizá por mala voluntad ó pobreza de espíritu.

Y punto final.

De todo propósito no he querido hablar de Sanz del Río, porque ya lo hace V. sobradamente. Todos reconocen que fué este, sabio filósofo, hombre virtuoso y constante y fino adorador de la verdad; como al mismo tiempo reconocen todos que “su estilo poco castizo y harto crizado de fórmulas”, deja bastante que desear. Su *Analítica*, que V. nombra de carrera, no es obra acabada y cumplida; es un itinerario frío y descarnado, que á no ser por las repetidas instancias de discípulos muy queridos (1)—y con el solo objeto de que ellos se aprovecharan de esos apuntes en sus *esotéricas* lecciones,—no hubiera publicado nunca tan ilustre maestro.

Como V. se las echa de generoso y magnánimo, quiero, para fin y postre de esta carta, imitar su buen ejemplo, y así pasó porque Sanz del Río, Giner y Salmerón no sepan escribir correctamente el castellano,—lo cual no es cierto,—pero... ¿sería eso bastante á forzar mi razón y obligarme á decir que Krause es oscuro y poco comprensible en su lenguaje?... ¿qué culpa cabe al filósofo alemán, si los que escriben mal son sus traductores y comentadores españoles?.....Ay! si no fuera porque quiero ser magnánimo y generoso, habría de confesarle que, en todo eso, reconozco lo *pentacrístico* de su lógica,—mas ya solté la prenda y calló para siempre.—

Basta de polémica y de filosofía moruna, que ya renegarán de ella los numerosos lectores del agareno semanario, y esta nuestra disputa, de ningún provecho sirve á la ciencia, ni puede inspirar tampoco mayor interés á nadie;—doila, por mi parte, por terminada, mas no por eso vaya V. á figurarse que también concluye ó termina la amistad que le profesa su afino.

ABERROES.

NO AMAR ES MORIR

Amor llena el mundo, que amor es la vida.
¡Dichoso el que siente su pecho latir!
¡Dichoso el que siente la llama encendida
De amor que le anima! No amar es morir.

Allá en la enramada, las candidas aves,
Luciendo su pluma de vario color,
Con trinos amantes y arrullos suaves,
Juntando sus picos, se juran amor:

En medio á las ondas del lago sereno,
Nadando á su antojo los peces se ven;
Mas luego, so el alga que crece en su seno,
Se arrullan, se besan y se aman también.

La fiera alimaña, del bosque en lo espeso,
De amante pareja también marcha en pos,
Y allí, á su manera, se truecan un beso,
Que dice á la selva que se aman los dos.

(1) P. Isla.—Historia del famoso predicador Fray Gerundio de Campazas,—tom. I, pág. 291.—

(1) Entre ellos el Sr. Canalejas, profesor que fué de este mrito, en la Universidad de Madrid.

Hermosas y puras, del campo las flores,
Creciendo en sus tallos y amándose están,
Y en alas del aura, regalos de amores,
Perfumes se mandan y besos se dan.

Y el ave canora y el pez argentado,
La fiera alimaña, la cándida flor,
Al verlos amantes, envidia me han dado,
Que no hay quien no envidie las dichas de amor.

Mas ¡ay de mí triste! ¿Por qué, si es la fuente
Amor de la vida; por qué si es la ley
Que anima los mundos, que impera potente
Del ave á la planta, del súbdito al rey;

Por qué ¡ay! en mi pecho, cual flor arrancada
Que ajaron los vientos, está el corazón?
Por qué yo no siento mi vida animada
Del soplo divino que engendra pasión.....?

Amé yo en un tiempo; mas ¡ay! amé ciego,
Ardiendo mi pecho, cual arde un volcan:
De amor afanoso, cual planta sin riego,
Mi alma en su centro, secóse en su afán.

Entonces me hablaban de amores las flores,
Y amor susurraba del aura el rumor;
De pálida luna los tibios fulgores
Y el sol esplendente me hablaban de amor.

Y amor con colores fantásticos, bellos,
Pintaba á capricho del mundo la faz;
Y el alma veía, fijándose en ellos,
La gloria, y tras ella, la dicha y la paz.....

Recuerdos que agitan tenaces mi mente,
De dichas pasadas falaz ilusión,
Venturas que fueron y en eco doliente
No siendo me dicen: ¿á qué el corazón?

Mi pecho es su tumba y allí yace inerte:
Ni penas le hieren, ni late al placer:
Su centro es la nada, su vida la muerte:
Sin penas ni goces ¿á qué lo tener?

¡Oh, Dios! sin amores, ¡qué triste es la vida...!
¡Dichoso el que siente su pecho latir!
¡Dichoso el que siente la llama encendida
De amor que le anima! ¡No amar es morir!

ABEN-HAMIN.

EPIGRAMAS.

De un doctor en medicina
Quedó viuda doña Tecla
Y ahora se dedica á curas,
Es decir, es curandera.

Por lo poco que yo he visto
Hay chispa de dos especies,
Una chispa que se coge
Y otra chispa que se tiene.

De que está solo Bartolo
Se suele, amargo, quejar,
Y ¡cuántos hombres quisieran
Estar con su Soledad!

ZULIM.

INGREDIENTES.

El gran baile de máscaras y de sala, verificado la noche del sábado último, en el *Cercle français de la Harane*, estuvo tan espléndido y lleno de animación, como todas las fiestas que se celebran en esa distinguida y elegante sociedad de recreo.

Una concurrencia, tan selecta como numerosa, daba mayor realce á aquel delicioso recinto, y entre ella figuraban encantadoras beldades, algunas de las cuales lucían ricos trajes de capricho, siendo dignas de mención especial las señoritas de O'Farrill, Poey, Pintó y Sauvalle.

Exquisitos sorbetes, dulces y licores fueron servidos á los concurrentes, en los intermedios

de las piezas bailables; y poco antes de terminar el sarao, un confortable *lunch* dió nuevo vigor á los estómagos decaídos.

¡Bien por el *Cercle français*!

Napoleon I decía: «Por valiente que sea un hombre, siempre le place el verse fuera de peligro.»

¡Ya lo creo! Por eso el tal Napoleon, á pesar de su intrepidez, dijo en Waterloo aquello de: *Sálvese quien pueda!* Y dejando en las astas del toro á toda su gente, no dejó de correr hasta París.

Al leer esto, dirá cualquiera que El Moro MUZA no es admirador ni apologista de Napoleon I, y dirá la verdad. El Moro MUZA nunca ha estado por aquel Napoleon, ni por el otro, ni por el hijo del otro.

«Para que nazcan virtudes, es necesario sembrar recompensas.»—*Máxima de los orientales.*

Siempre será esto cosa de aquellos egoístas de Trebisonda, que nunca le sirven á uno sino con el ánimo de despellejarle. Yo creo que la virtud que sólo se ejerce con la esperanza de algún premio, se parece á la generosidad de los que prestan su dinero con un rédito exorbitante. (No es alusión á ciertos pájaros que se posan en *La Dominica*.) Por lo demás, esta máxima de los orientales tiene un no sé qué de materialista, que más parece propia de los setentrionales.—*El Moro Muza.*

Hojeando un libro de chascarrillos, encontramos el siguiente:

«Un célebre bebedor, que jamás probaba el agua, pidió en su lecho de muerte un gran jarro de aquel líquido transparente, diciendo:—«Cuando uno vá á morir debe reconciliarse con sus enemigos.»

—Señorita, ¿ese libro que lee usted es alguna novela?

—¿Novela? ¡Dios me libre! Yo no leo obras inmorales.

—¿Cree usted que todas las novelas son inmorales?

—Sí, señor, todas. Por eso yo no leo sino obras piadosas y cristianas.

—Entonces la que usted tiene en las manos será.....

—La Santa Biblia.

—¿En qué pasaje se halla usted de la historia santa?

—Acabo de leer el *Cántico de los Cánticos*.

—Perdóneme que mi curiosidad, la haya llevado á usted á semejante confesión.

Casi al cerrar las columnas de nuestro semanario, hemos recibido el *Contra-prospecto* del periódico *La Paz*, suspendiendo, por ahora, la salida de su primer número.

Sin tiempo ni espacio para más, nos concretamos á manifestar que dicha hoja impresa, es una obra digna de su ilustrado autor D. Manuel Perez de Molina.

Damos la más cordial bienvenida á nuestro amigo el Sr. D. Andrés de la Cruz Prieto, empleado del Gobierno General, inteligente y probo, que acaba de llegar de la Península.

SOBREMESA.

EL MORO MUZA.—Es preciso convenir, camaradas, en que el Carnaval ha sido este año mucho menos animado que en los anteriores, aunque el último día, á causa sin duda de las faustas noticias recibidas de la Península, el entusiasmo público tomó mayores proporciones, y el paseo estuvo más concurrido que el domingo y el lunes, notándose, á pesar de todo, en las tres

tarides, la ausencia de muchos carruajes particulares y la abundancia de peseteros.

ALMANZOR.—Es verdad, señor presidente; pero permítame usted manifestar que, si el paseo no tuvo todo el lucimiento que hubiera sido de desear, en cambio las sociedades de recreo han dado bailes magníficos, en los cuales ha reinado el más perfecto orden y la más pura alegría.

EL MORO MUZA.—Ya en otro lugar de este semanario se dá cuenta del espléndido sarao del *Cercle français*, verificado el sábado.

SOLIMAN.—Sí, señor; mas no por eso deben echarse en olvido los celebrados en el *Recreo Español* de esta ciudad, en la *Caridad* del Cerro, en el *Progreso* de Jesus del Monte, en *Marianao* y en *Guanabacoa*; y también es preciso mencionar, aunque en capítulo aparte, á los que han tenido lugar en el teatro de Tacon, en los altos de Alhisa y del *Loaere* y en el café de *Martey Belona*.

EL MORO MUZA.—Bueno; pero basta de bailes, y vamos á ocuparnos de las pocas novedades teatrales de la semana. De Miramamolín es la palabra.

MIRAMAMOLIN.—Yo tuve la desgracia de concurrir el jueves á Tacon; y digo la desgracia, porque como tal puede considerarse el asistir á la representación de *Madame l'Archiduc*, ópera del género insustancial y chocarrero, llena de chistes de color subido, y repugnante á toda persona de buen gusto. La música es graciosa y ligera, y, como todas las obras de Offembach, tiene reminiscencias de sus otras composiciones. El desempeño fué ménos que mediano; y la señora Geoffroy, quizás por alcanzar aplausos, que no consiguió del público sensato, pasó los límites de la exageración, haciendo tales visajes y movimientos, que no hay palabras bastante fuertes para censurarlos. De Quercy no se quedó atrás. Sin embargo, hay que exceptuar á Mr. Duplan, que trabajó con el acierto de siempre.

FEDUSI.—Pues amigo, no fué más afortunada la función habida la misma noche, en el coliseo de Albisu, á beneficio del Sr. Araujo, representante de la compañía. ¡Qué *Sensitiva*, camarada! En mi vida he visto zarzuela peor ejecutada.—Además, la Sra. Ramirez estaba muy ronca, y por consiguiente no fué satisfactorio el éxito de las partes, cuyo desempeño le estaba confiado.—Y por último, cuando los bailarines se presentaron á lucir su habilidad coreográfica, hubo en la orquesta un desbarajuste tal, que el público dió pruebas de su desagrado, con demostraciones poco lisonjeras.

ABEN-ADEL.—Segun acaban de manifestar mis queridos compañeros, el teatro más afortunado, durante la semana, ha sido el de Cervantes, pues han conquistado muchos aplausos los principales artistas que en él funcionan, en el desempeño de varias zarzuelas.

EL MORO MUZA.—Camaradas, tiempo y espacio nos faltan para ocuparnos de otros asuntos, y voy á terminar la sesión poniendo en vuestro conocimiento que la compañía francesa de Tacon, anuncia, para esta noche, *La jolie parfumeuse*, y, para el lunes, *La vie parisienne*; que en Albisu se representará hoy y mañana *La vuelta al mundo*, la cual queda ahora mucho mejor que al principio, gracias á las modificaciones hechas en el aparato escénico; que también en Cervantes habrá buenas funciones; y por fin, que mañana á las tres de la tarde, trabajará por primera vez en la Plaza de Belascoain la cuadrilla de toreros mejicanos.

ADVERTENCIA.

A los señores agentes y suscritores del interior de la Isla que no hayan abonado sus cuotas vencidas, les rogamos que lo verifiquen prontamente.

Imprenta del "Directorio," Obrapia 21.